



PÁGINAS DE LA CAMPAÑA



VERDÚ

Entre las desventuras de Melilla se destacan algunos hechos y algunos nombres que serán recordados con júbilo y orgullo por España, sea el que fuere el desenlace de la contienda. Entre esos nombres está el de Verdú y entre esos hechos su combate desigual y heroico con unos cuantos rifeños. De uno y otro se ha apoderado la imaginación popular para ponerlos donde siempre se recuerden, donde no los cubra el polvo del olvido, donde puedan ser mirados por cuantos aún no han perdido la fe en la raza española.

El artista ha querido reproducir la escena y apenas haría falta una línea escrita al pie de la página de Unceta para que holgara todo encomio y fuese redundante toda conmemoración.

¿Quién es Verdú?

Preguntádselo a las gentes y todas os responderán:

—Un soldado que estaba enfermo en el hospital de Melilla. Oyó los tiros, preguntó lo que pasaba, supo que los moros invadían el campo español, tiró al suelo las sábanas, vistióse el rojo pantalón, calzóse las espuelas y allá se fue, al cuartel donde estaba su caballo. Febril y casi sin alientos llegó al lugar de la pelea. La morisma fogueaba la escasa tropa de ginetes, y Verdú cayó al suelo dando revuelto con el pobre caballo muerto de un balazo. Incorporóse ciego por el polvo de la pelea, por la fiebre y por la ira. Se halló rodeado de la chusma rifeña y allí se defendió como un león y pudo él solo más que cuatro.

Tal es la historia de Verdú. No es historia. Es una anécdota de la historia. Andando los años apenas ocupará una línea en los apuntes del fiel cronista, pero antes se borrarán de la memoria del pueblo los nombres de centenares de hombres políticos que abrumaron al taquígrafo con sus discursos y llenan la *Gaceta* con sus firmas, que el de ese soldado, que en un instante de su vida fue símbolo vivo de España y como ésta doliente olvidó sus enfermedades para pelear por la honra nacional.

El año 60 el cabo Mur y el soldado Conejero; el año 93 Antonio San José y Verdú. Aquella guerra gloriosa y esta campaña de ahora hallan al soldado igualmente dispuesto al sa-

crificio de su vida. No hay en las altas esferas el entusiasmo que entonces ni vibra en lo alto aquel rayo sagrado que entonces llevó a O'Donnell y a Prim desde Madrid a Tetuán. Pero en la masa popular los ecos de aquella leyenda resuenan y retumban como el trueno en la montaña.

Al mozo que allá en los pardos surcos de la tierra española acompañaba con su cimiento la labor del arado, no le ha enseñado gran cosa esa institución omnisciente y omnívota que se llama Estado; apenas si le enseñó a leer. Pero toda la historia de su raza, todos los heroísmos de sus antepasados, todas las obligaciones a que tal herencia le sugieran las sabe sin aprenderlas. Se las refirió la conseja popular o el romance canturreado por el ciego al compás de destemplada guitarra, y en el fondo de su alma formaron una religión que se enlazaba con las creencias católicas, mezclándose los santos y los héroes, la amada patria terrena y la esperada patria celestial.

Un día España llamó a ese mozo, le hizo jurar una bandera y le pidió el sacrificio de su vida. El labriego se había convertido en soldado y fácilmente pasó el mozo desde el terreno al cuartel.

De esta manera Verdú, Antonio San José y tantos más ayer; y el cabo Mur, Conejero y otros también el año 60, pelearon con la bravura del que defiende las creencias personales y el orgullo de un pueblo, la vergüenza del ciudadano y el decoro de la bandera.

Y así van a guerrear con fe y a morir con alegría; y por esto el soldado español no lleva a los campos de batalla la tristeza de un deber arduo cumplido, sino el júbilo de un ardiente deseo realizado.

J. ORTEGA MUNILLA.

REVISTA LITERARIA

RESUMEN.—Excusas.—España fuera de España.—Libros de América.—La intrusa de Maeterlinck (traducción al catalán de Pompeyo Gener).—En Hungría.

Nada tiene de extraño que nuestras letras no atraviesen en la actualidad por la feliz etapa de mostaza, como Sancho diría, un siglo de oro que no fuera siglo, sino, a lo menos, un semestre. No hay tal semestre; pero repito que nada tiene de extraño, porque para el siglo

de oro de Augusto se necesitó la paz octaviana, se necesitó que Jano encerrase la guerra bajo llave, pues como dice el dios que no conocieron los griegos en los *Fastos* de Ovidio:

Quin libuit pacem placidis emmittere tectis,
Liberá perpetuas ambulat illa vias.
Sanguine letifero totus misceritur orbis,
Ni teneant rigide condita bella sera.

Hoy, por desidia de Jano, pese a su doble faz, la guerra, en forma de mucha variedad de calamidades, anda suelta por nuestro suelo y, en su consecuencia, es claro,

...todas callaron trémulas las aves
quiere decir, mas en prosa, no se publica un libro por un ojo de la cara.

Consolémonos pensando que todo esto pasará, y que sólo a las calamidades transitorias que se nos han venido encima se debe la penuria de publicaciones buenas que lamentamos. Si, procuremos olvidar que, ayer todavía, cuando tan en paz estábamos que solo nos daba guerra un presupuesto *pacífico*,... la literatura callaba también, como si esto fuera un campo de Agramante.

El teatro goza el privilegio de ser siempre una excepción; Talia no se esconde ni en los momentos de mayor peligro; hoy sabemos que comedias representaban los cómicos de París en los días más aciagos y sangrientos del Terror. En Madrid, mientras se escondían el dinero y los poetas *subjetivos*, se estrenaban comedias, fuera lo que se quiera de la dinamita y el Rif; y alguna de ellas alcanzaba un excelente éxito. Digalo si no *La Huelga de hijos* del muy discreto, valiente y original escritor don Enrique Gaspar. Solo sé que se trata de un éxito *colosal*, según coincidencia de expresión de los simpáticos y discretísimos críticos de teatros; y esto me da muy poca luz aún acerca de la condición del tal éxito; porque mis nociones relativas a los éxitos y a las cosas *colosales* no me suministran ninguna relación ni congruencia entre ambos vocablos. Si bien se mira, un éxito *colosal* no puede ser más que una puerta muy grande. De todas suertes, parece ser que se trata de una sublección de individuos *alieni juris* contra los respectivos autores de sus días; y, según rumores, esa insubordinación está muy justificada. Así será, cuando hay quien lo dice; pero en general, y salvando de excepciones como ésta, lo mejor, en los tiempos que alcanzamos, es poner mala cara a toda indiscreción, a toda sublección. El diablo las carga. De modo, que... Vds. dispensarán, pero no habiendo libro de casa de que hablar al vio-

lector, iremos a buscarlos afuera; mas sin abandonar la jurisdicción del habla castellana... y de la catalana, que es también española.

Mucho tiempo hace que recibo multitud de libros de América, y si, con mal consejo, hasta ahora no he hablado nunca de ellos, me propongo ocuparme en adelante, dando noticia de estas publicaciones, a lo menos de muchas de ellas, y deteniéndome a examinarlas cuando a mi juicio lo merezcan y el tiempo no me falte.

Han llegado a mis manos en estos últimos días las obras siguientes: A. D. Lussich, *Naufragios célebres*, (Montevideo, 1893).—Carlos Ciano, *El Castillo de Juros*, (Habana, 1893).—A. M. Gómez Rostropo, *Ecos perdidos*.—Juicio de M. A. X., (Bogotá, 1893).—Adolfo Saldías, *Cervantes y el Quijote*, (Buenos Aires, 1893).

Merece algunas palabras el último de estos libros, más que por nada, por el buen propósito del autor. Estudiar el *Quijote*, siempre es obra meritoria. (Qué poco se estudia a Cervantes en España! Hay cervantófilos, pero los más son maniacos, no críticos. Cervantes no tiene en su país el culto externo y el culto literario que Inglaterra consagra a su *Guillermo*, Alemania a su Goethe, y sobre todo, Italia a su Dante. En rigor se puede decir que la crítica moderna aún no ha estudiado a Cervantes. La obra del Sr. Saldías es meritoria, repito; pero no nos saca de esta penuria de que me quejo. Cervantes es el pretexto para infinidad de consideraciones de mil géneros que se le ocurren al Sr. Saldías.

El famoso poeta Maeterlinck, de quien en España no sé que haya hablado nadie más que Valera, por vía de digresión, he encontrado para una de sus extranas é interesantes *batallas dramáticas* un buen traductor en el catalán D. Pompeyo Gener. La versión catalana, o *La intrusa*, fantasa dramática en un cuadro, conserva la delicadeza del original, y todo el prestigio de aquella vaguedad misteriosa con que se va sintiendo penetrar a la *intrusa*, la muerte en el hogar de aquel pobre ciego que tiene en su cariño un sexto sentido, el cual le revela la presencia de la invisible enemiga que le arrebató a su hija.

En Madrid no hay un grupo de jóvenes *modernistas* como el que forman los que trabajan *L'Avenç* con entusiasmo, elegancia é inteligencia. Mi enhorabuena a *L'Avenç* por la primera edición de *L'intrusa*.

Lejos, muy lejos de nuestras fronteras; hay quien recuerda y honra las letras españolas. Desde Hungría, que algunos *literatos* nuestros solo conocen por los *Magyares* (la zarzuela) me escriben que se prepara por la redacción del

Magyar Szalon un primoroso álbum consagrado a la literatura contemporánea española. «Será, dice el Sr. Szalai (escribiendo en castellano) un álbum de gran lujo, como no ha aparecido jamás en Hungría. El propietario del *Magyar Szalon*, el conde Esteban Keglevich, se propone dar a conocer la literatura y el arte hispanos. Publicaránse en el álbum retratos, autógrafos y traducciones de autores castellanos.»

CLARIN.

DE MI TIERRA

JUNQUERA DE AMBIA

Acompañé a mis hijos hasta Leiro, por las encantadas orillas del Avia, y llegué muy cerca del monasterio de San Clodio; pero me privó del gusto de visitarlo la necesidad de tomar el tren para volver a Orense; y doy publicidad a tan insignificante detalle, porque el señor abad de San Clodio, que tuvo la atención de presentarme en Leiro y ofrecerse a acompañarnos en la visita, se manifestó después, en un artículo inserto en *La Lealtad*, muy quejoso de que yo no llegase al monasterio mismo; y como esta queja envuelve cortesía, por cortésia me creo en el deber de explicar la omisión, que repararé si algún día vuelvo a la deliciosa comarca ribereña.

Con una noche de descanso en Orense me preparé a madrugara para la excursión a Junquera de Ambia, punto usaz desconocido y nada visitado, que dista cinco leguas de Orense, por la carretera de Allariz. Salimos todo lo temprano que se pudo, en carretela descubierta, lo cual nos permitía ver el paisaje a nuestro sabor. No se parecía ni a las frazadas de San Esteban ni a las pintorescas amenidades de Leiro.

Un tinte de severidad y de sencillez, más acentuado cuanto más nos alejábamos de Orense, señalaba la aparición de las grandes planicies, que tanto escasean en la topografía gallega. Mesetas amplias, que limita una cordillera pedrada como las de Castilla; filas de omos enhiestos; valles de escasa profundidad, que apenas son sino depresiones del terreno; tonos grises y rojizos en la tierra, azul puro y límpido en el cielo, contribuían a la impresión *castellana* que produce este país.

Atravesamos el lugarillo de Taboadela, que todo él es campanario; pasamos ante la histórica villa de Allariz, donde nos detendremos a la vuelta; dejamos a la izquierda una iglesia (no recuerdo bien si se llama de Valverde). Y en la pared del atrio, y sobre un feísimo

retablo de ánimas leemos la siguiente inscripción, altamente categórica y decisiva para la piedad de los fieles: ¡Gritos del purgatorio!...

Según Morales, en su Viaje Santo por orden del rey Felipe II a los reinos de León, Galicia y Asturias, esta colegiata de Junquera traza algo de animales, acaban de encuadrar esta fachada.

Interiormente la colegiata es ojival: por desgracia no llegó a todo su desarrollo y perfección la idea del arquitecto. La componen tres naves, divididas por arcadas, que se apoyan en fustes de rícos capiteles de hojas curvas.

Sin embargo, la verdadera curiosidad arquitectónica de Junquera creo que es el claustro, a semejanza de esos ejemplares fósiles que sirvieron de base a la tesis darwinista y que muestran sensiblemente la idea del proceso evolutivo, el claustro de Junquera es la prueba palpable más clara que he visto jamás, ni que creo pueda verse, de la transición del gusto gótico al del Renacimiento.

El recinto de este claustro está plantado de robustas coles que se nutren con la sustancia de los muertos, porque fué cementerio si las señales no mienten; todo alrededor, en la pared del claustro, hay muchos enterramientos y lápidas mortuorias. Por cierto que enseñan un sarcófago donde dicen que se guarda un cuerpo incorrupto. Otro sarcófago tiene una estatua vacante de mujer de lo más delicado y sentido.

De propósito quisiera concluir la descripción de la colegiata de Junquera como el coloso que acaba por el mejor bocado—hablando de los famosísimos azulejos que decoran en alto friso la pared del presbiterio. El inevitable inglés, el que todo lo quiere comprar a paso de ore, pasó también por aquí cuando se celebraban en Orense las fiestas en honor del Padre Maestro Feijóo y ofreció por la azulejería de Junquera unos cuantos miles de duros.

Vista la colegiata, nos refugiáramos en la casa de un modesto artesano, donde no nos faltaron ni limpios manteles, ni cubiertos de plata, ni una servidumbre gentil y solícita, elementos preciosos para disfrutar las provisiones que tratamos de Orense. Junquera es un pueblecillo: no hay en él fondas, mas para nosotros hubo agasajo cumplido, en la morada del Sr. Rey Basadre, quien nos ofreció, a pretexto de café, vinos exquisitos y un Champagne de la mejor marca que corre. Lo bebimos a la salud de mi amigo D. Antonio Cánovas del Castillo, porque el Sr. Rey Basadre, cabeza de los conservadores ortodoxos del distrito, no cesaba de preguntarme por su esclarecido jefe.

Nadie conocía al séguro, ó sea la palabrilla mágica para abrir la encantada misión. Casa solariega de nobilísimos señores—descendientes nada menos que de reyes godos y jueces de Castilla—en ella, según nos decían, se custodiaban lienzos de pintores célebres y muebles de riquísima talla, sin hablar de manuscritos preciosos y libros rarísimos. Las noticias eran tentadoras, y la dificultad encendía el deseo. Nos dirigimos a la casa misteriosa resueltos a morir en la demanda.

Teníamos a la vista uno de tantos caserones del siglo XVII, muy razonables, de ancho pazo con escalera exterior, de lidia traza algo vetustos, pero arrogantes todavía. Una mujeruca nos abrió el portón, y a nuestras súplicas opuso, al pronto, la más resuelta negativa. Los dueños no estaban; ella no tenía las llaves, luego podíamos irnos a otra parte con la curiosidad. Mal nos conocía la buena mujer. Nos sentamos en un poyo, como aquel que no lleva prisa, pegamos la hebra con la guardiana, y tales cosas la dijimos, que mitad por echarnos y mitad convencida, ó compadecida, acabó convenciéndonos de manera que la llave parecióse. Y detrás de la mujeruca cruzamos una serie de pasillos tenebrosos y penetramos en un salón, donde no había nada, nada absolutamente; lo que se dice nada, ni una silla, ni una mesa, sino solo las cuatro paredes infiltradas de humedad, el piso apollillado, el techo reblandecido por las goteras.

Al advertir nuestro asombro, la mujer sonrió enigmáticamente, como el que dice «valiente sorpresa les preparo» y con herrumbrosa llave franqueó una puertecilla. «Es el oratorio» — dijo — y nos dejó pasar delante para mejor gozarse en nuestro asombro. Y vino un rezado de camarín, por cuyas paredes habían abierto las goteras plañideros surcos; un ambiente de moho, polilla y papel ratonado nos oprimió los pulmones, y nuestras miradas ansiosas distinguieron en la pared cuadros ahumados y ennegrecidos, otros pálidos como difuntos, con marcos de briche, talco é hilillo de oro, viejos relicarios, donde se entreven fragmentos secos, gotas de sangre negra, accinadas migajas de carne... Y la guardiana y los que la acompañaban, desesos ya de infundirnos toda la admiración que tales riquezas merecen, abrieron cajones, desplegaron documentos, nos ponían en las manos ejecutorias con sus sellos de polvorienta ceca, árboles genealógicos con su tupida hojarasca de redondecillos rojos y azules,

privilegios, concesiones, toda una documentación confiada a nuestra buena fe, cuando debería hallarse archivada y resguardada para sus dueños. Y ante aquellas vejees—que no tenían, á decir verdad, ningún valor artístico—yo reconstruí el pasado de una casa infanzona, sus timbres, sus orgullos seculares, reducidos ya á la nada por la desvinculación, carcomidos por el tiempo, deshechos por la humedad, aniquilados por la ruina.

Y las tallas? Y los Murillos auténticos?—preguntará, de seguro, algún lector curioso é impío.

Pues sépase que en la desmantelada casa existe un aposento de Barba-Azul, aposento que no se abrió porque la llave la guardaba el propio dueño, ausente, cual se guarda una joya; y así puede soñar la imaginación cuanto quiera, y fantasear que en el cerrado cuarto hay un museo maravilloso, porque si de la vida quitásemos lo oculto, lo ignorado, lo inaccesible, en verdad os digo que quitaríamos una de las pocas que la heroseaban.

EMILIA PARDO BAZAN.

MADRID

¡Caramba y qué hermoso me pareció otra vez ayer ver salir al regimiento! No iban como los de Wad Ras, en grupos irregulares y deshecho el orden de formación, por el empeño que todos pusimos en mezclarnos con ellos; esta vez el regimiento marchaba bien, como marchan tropas españolas... uno... dos... uno... dos...

Prado adelante tocó la música el paso doble del Cádiz, aquello de nuestros bravos vienen ya, cantado en medio tono que va biniéndosese patriciamente hasta llegar á aquello otro que es como explosión felicísima de un músico castizamente español, y que cada cual cantaba al compás de la banda y del ¡Marcha! ¡Marcha! de las algaratas de los soldaditos sobre el macadam del paseo: ¡Viva España! que luego sigue en notas vivas que para todos dicen cosas confusas que pueden ser deseos de lucha y tanteos hacia la victoria...

Esto, por fuera; por dentro... Yo no escribo esto para el que lee tranquilamente lo que sucede en Africa, sino para una porción de mujeres esparcidas sobre el suelo de la patria, madres, hermanas, esposas y, si pudieran entenderme, también para una porción de nenes que se quedan huérfanos... por ahora.

Miércoles frente á frente y con entereza un porvenir del que nadie sabe aún lo que va á salir, pero hecho esto, volvámonos hacia los humildes y los solitarios en el rincón del pueblo al que llega muy apagado el son patriótico del paso doble, y donde se maldice de la guerra por los huecos que abre.

El regimiento que salió ayer había acabado de nutrirse con reservistas; se les podía señalar con el dedo uno por uno, primero porque no marchaban como los otros, sino con el desmañamiento que deja la falta de costumbre, y además porque... vamos, porque iban tristes. ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! unos soldados españoles que van á la guerra? Sí, señor, tristes, lo que no quita que mañana cumplan con su deber como si fueran alegres. Son dos cosas distintas, lector.

He tenido ocasión de verlo yo mismo al regreso de un viaje reciente en una estación insignificante de la provincia de Palencia; allí embarcaron seis ó siete reservistas llamados otra vez á las armas, tres de entre ellos casados ya, dos con pequeños y tan olvidados del cuartel y de las filas como de un sueño borrado por la ciudad de muchos días.

La salida de aquellos siete reservistas debió ser un acontecimiento en el aquel pueblo, cuya era la estación en que se despedieron, porque allí estaban cuatro ó cinco señores que no debían ser menos que el médico, el notario, el farmacéutico y el cura en traje de seglar, como acostumbraban á andar los curas campesinos, más algún labrador de mucha hacienda y ningún que hacer, todo el elemento visible y de nota en aquel rincóncito de España en que una moneda de cinco pesetas adquiere proporciones de capital.

Sin contar la masa, el coro obligado de regios labradores y labradoras castellanos, apartados de los señores, mirando á los reservistas como preguntándose á su modo:—¿Y por qué se llevan ahora á estos?

¡Pobres muchachos! Yo me figuro los malos días que han debido pasar desde el en que llegó á la botica el periódico que daba la noticia del llamamiento de la reserva, hasta aquel que alumbra el trance amargo de irse de nuevo al cuartel, de ceñirse de nuevo á la austera disciplina militar, de dejar de ser Fulano para convertirse en el tanto, y sobre todo, para dos de ellos, de hacer cuenta nueva y abandonar por tiempo indeterminado á los chicos azules.

Los chicos eran tres, dos de uno de los reservistas y los tres cabían holgadamente en una banasta; iban, á decir verdad, bastante sucios de la tierra en que, por lo visto, se tendían para juzgar, morenitos de aquel implacable sol castellano, pero sanos, con buen color en los carrillos corderados por las crenchas mal cuidadas. Pues bien, aquellos chiclecos eran para los dos reservistas lo más adorable y pulquísimo, y los besaron y respigaron, cara con cara, antes de salir el tren, con una avidez que me hizo pensar en los mios, en mi mismo, y temblar de miedo midiendo la posibilidad de que hubiera podido sucederme otro tanto.

—Luego... el cuartel, la pérdida de la personalidad tranquila conquistada por el esfuerzo

propio, el melancólico dolor inevitable cuando se rompe un lazo que se creía firmemente atado, la preocupación, también inevitable... ¿Qué harán? Ahora se acostará el niño, pero ella no se acostará, no podría dormir... como yo... Y después de varios días, la ansiedad por recibir cartas y el febril prurito por escribir; pequeñeces que nadie comprende más que vosotras, las solitarias para quienes escribo esto con toda mi alma, pobres mujeres españolas, pequeñeces llenas de amor del ausente, recomendaciones y consejos embobados de sobrosísima dulzura.—No dejes de abrigarte ahora, que hace por aquí mucho frío y no quiero que te duermas contigo. Y no te olvides de ponerle á la niña el cobertor, aunque lo mejor será que duerma contigo, ya que no estoy yo... Y casi toda una mentira gorda, muy gorda, pero que tú y yo escribiríamos también:—Estoy muy contento, y muy bien, y creo que volveré pronto, porque aquello se acaba enseguida.

Creo, lector, que hay razón para que los reservistas que vimos ayer no vayan muy alegres. Son excelentes españoles, serán, si se terciara, bravos soldados, pero hasta entonces... ¡Caramba, lector! Aquellas mujeres y aquellos chiclecos que se quedaron solas en la ignorada estación de la llanura castellana...

FEDERICO URRECHA.

CHISPAS

UN MISERABLE

Vedle, por la sombra oculto en pos del crimen camina; su consejo es el odio, la sociedad su enemiga. De sonidos ideales el triunfo á lograr aspira, destruyendo cuanto existe con satánica malicia. Bajo su traje mugriento lleva una bomba escondida; para fabricarla, acaso robó el pan á su familia. De cuantos cruzan la calle, recatándose á la vista, ante un portal se detiene que opaca luz ilumina, y á su claridad dudosa prepara el arma mortífera, murmurando al mismo tiempo entre un guino y una risa: —«Según en mi casa dicen vive aquí una vieja rica, carguen los diablos con ella que haré gozón de la dicha.»

Sonó á poco un estallido, luego voces de agonía, con estrépito volaron piedras, cristales y astillas, y al levantarse del suelo mal herido, el anaquista, tropezó con dos mujeres ensangrentadas y lividas que del portal humeante vagaban entre las ruinas; y reconociendo en ellas á su mujer y á su hija huyó con vergüenza y susto, mientras ambas de rodillas rezaban por la señora que siempre las socorria.

MANUEL DEL PALACIO.

EL AGUA TURBIA

D. Luis Nestares era un pobre viejo buenísimo, incapaz de hacer daño á nadie en provecho propio, aunque el lucro fuese grande y quedara la picardía impune. Carácter entero y firme, perfección á esa clase de hombres que, imaginando saber cuál es el camino recto en todas las ocasiones de la vida, lo siguen sin dar rodeos ni meterse por atajos. Su inteligencia no pasaba de mediana, pero su bondad y su entereza eran tan poderosas, que movido de ellas, casi siempre acertaba por mal que le salieran las cosas, le daban la conciencia tranquila de haber elegido lo justo, y el ánimo satisfecho de haberlo procurado.

Como su posición social era humilde, estas virtudes carecían de esema donde brillar. Nadie las conocía, fuera de un reducido círculo de amigos que le llamaban santo á boca llena, y en cuanto á los individuos de su familia que debían apreciar tales excelencias, poco faltaba para que renegasen de ellas, porque siendo tan bueno, no toleraba nada malo, y de puro justo se les atorajaba tirano. Sin embargo, para ellos vivía y por su dicha se desvelaba, sin experimentar jamás impulsos de egoísmo ni amargura, aunque no le comprendieran. Modelo de esposos y de padres, no se le vio jamás entrar solo en el café ó teatro; pero en cambio, ninguno de los suyos podía malgastar una peseta. Su renta era pequeña, no más que unos cuantos miles de reales, y á ella vivían, grandes y chicos, sujetos por igual. D.ª Manuela, su esposa, era otro tipo: poco reflexiva, desordenada, vanidosuela y gastadora. Se enamoró de ella cuando joven por lo guapa y dicharachera, viéndose luego negro para dominarla porque, á más de manirrota, le salió tan alegre é imprudente que, solo á fuerza de tacto y firmeza pudo meterla en cintura.

Los hijos, Manolita y Luisito, se parecían, respectivamente, ella á la madre y él al padre, hallándose los mismos cualidades de la muchacha ludentes y como sofocadas por la severidad de D. Luis, y las buenas del chico envueltas en los impulsos vagos de la adolescencia que dejaban los caracteres inciertos y borrosos. Luisito era un muchacho de catorce años, pacífico tranquilo, cuando su hermana, presumida y

coqueta, acababa de cumplir los veinte. ¡Y qué veinte años de madrileña picaresca y maliciosa! El cuerpo airoso, el palmito hechicero, los ojos expresivos, la boca primorosa, el pelo mucho y muy negro y la charla tan enredadora y picante que era una tentación; por todo lo cual á su madre le parecía la chica encantadora, mientras su padre, harto de saber lo que son mujeres, veía con miedo el desarrollo de tan peligrosos atractivos. D.ª Manuela la miraba sin tino, diciendo: «esta volverá locos en muchos». D. Luis ponía sus cinco sentidos en contrarrestar aquella falta de juicio, procurando que la niña saliese prudente, recatada y hacendosa, cualidades á que mostraba escasa inclinación. Pocos vestidos y galas le compraba, pero en el modo de aprovecharlos para que luciesen, en la manera de ponerse y arreglarse aquellos cuatro trapos, claramente revelaba su inmoderado deseo de agradar, su desenvuelta coquetería y hasta la ambicioncilla malsana de hacerse requebrar, provocando miradas y palabras que nunca dejaba sin respuesta que atizara el fuego. En lo cierto andaba D. Luis al pensar que su hija era un peligro, sobre todo con aquella madre, siempre dispuesta á tolerar monos, llamativos ratos de balcón, mientras por las esquinas cercanas andaba el estudiante, el cadete ó ambos á la vez. La lista de novios sería el cuento de nunca acabar, mas al fin llegaron las cosas á formalizarse, al parecer, con uno que cursaba último año de derecho. Ni el chico ni la muchacha se enamoraron en el verdadero sentido de la palabra, pero gustaban á cual más uno de otro, entusiasmándose ella con lo elegante y apuesto del galán, y éste con tener novia tan vistosa. Los medios que para comunicarse usaban eran los mismos de que disponen todas las parejas maderenas que se hallan en caso análogo. Misa (Dios les perdone el desacato), paseo, tiendas, visitas, ventanillo, balcones, correo interior, en que el Estado hace de tercero, y criadas que sirven de Celestinas. A D.ª María nada le parecía mal: lo importante para ella era salir y pasear con la muchacha. D. Luis trataba con tanto callejeo, pero fingía llevarlo con paciencia en gracia de que su futuro yerno iba á ser hombre de carrera. Lo que le sacaba de sus casillas era que la niña adoptara modas impropias de su posición humilde, exagerándolas hasta ir á veces ridícula, y que la madre sirviese en ello de tapadera, ayudándola á pagar con sisas de la compra y mérmas de la comida las cintas, puntillas y perfiles que tomaban al fiado en las tiendas. Gracias á la paternal energía, no se retrasaron un día en el pago de la casa, ni en la lonja inmediata se llegó á deber un cuarto, ni se puso en la sala, como ellas pretendían, alfombra barata en vez de estera de cordelillo, ni les permitió que tuviesen más modistas que sus manos; pero so pena de vivir en perpetua guerra civil, transigió con que usaran sombreros en lugar de mantilla ó velo, y cedió en otros detalles de la vestimenta de Manolita, que fué convirtiéndose rápidamente en el prototipo de la señorita pobre mal avenida, con el poco y condenada á ser caricatura andante de las que tienen mucho. Toda la renta de D. Luis no hubiera bastado á su mujer y su hija para ponerse majas, si les dejara: en cambio les importaba poco comer mal, carecer de sábanas ó manteles y estar sin ropa interior, como los santos á quienes se pone las galas sobre la mismísima madera. En cuanto á Luisito, de puro bonachón pasaba inadvertido, ni daba guerra ni exigía cuidados.

Madre insensata, hija caprichosa, niño cero á la izquierda, padre mal obedecido, y pocos recursos para todos, tales eran las circunstancias de la familia cuando vino á cebarse en ella la desgracia.

D. Luis tenía casi todo su capital invertido en acciones del Banco Océánico, una de tantas sociedades en que con tiempo se preparan el robo y el despojo revestidos de irreprochables formas legales. En vano le avisaron algunos amigos de que el negocio se torcía. Otros más listos le habían convencido de que las acciones iban á subir y no quiso vender; pero transcurridos unos cuantos meses, comenzaron á bajar tan rápidamente que en quince días dejaron de valer lo que representaban. Hubo cola de miserables estafados en las oficinas del Banco Océánico, oyéronse maldiciones y amenazas, viose á pobres mujeres llorando en el portal, y algún cándido habló de tribunales de justicia. Todo inútil. El Océánico no pagó, los que dirigieron la empresa quedaron ricos, y los robados se dispersaron apretando unos los puños y tragándose otros las lágrimas. De estos últimos fué D. Luis, mas como no era hombre para descorazonarse y rendirse, decidió sobrelevar la situación con paciencia, y sobre todo con economía. Su primera resolución fué dar seguro empleo al poco capital que le quedaba, y enseguida se propuso buscar trabajo, por humilde que fuese; si podía emplearse en algo propio de un caballero, bueno; en caso contrario, lo que se presentara; y finalmente, dispuso la reforma radical y completa de su casa y familia. En pocos días se mudó á un piso inferior, despidió á la única criada que tenía, hizo almoneda de lo que le pareció superfluo y aceptó la dura ley de la necesidad, resistiéndose únicamente á que el niño dejara de ir al colegio. Además, impuso á su mujer y su hija completa variación de costumbres, con lo cual D.ª Manuela se juzgó la mujer más infeliz de la tierra y Manolita lloró de rabia. Cintas y puntillas, lazos y perfiles, moños pingrotados y zapatitos escotados, todo cayó ante la inflexible voluntad paterna, cuyo sistema económico se redujo á decir: «Nadie debe aparentar lo que no tiene. Cuando no hay para botas se llevan algaratas. La que no puede comprar sedas y sombreros pone perca y lleva pañuelo á la cabeza. Cualquier cosa menos vivir entre apuros, atrasos, trampas y angustias.» Algunos meses después, viendo que aquellos sacrificios no bastaban, extremó las cosas. Dando ejemplo comenzó á trabajar de escribiente en casa

de un procurador y decidió que su hija aprendiese oficio poniéndola en casa de una modista de sombreros, antigua conocida suya, que se brindó á enseñar á la muchacha. Lo que ésta sufrió no es para dicho, y lo que más le mortificó, al fin mujer, no fué el convencimiento de haber caído de lleno en la pobreza, sino las pequeñeces, los detalles y exterioridades de aquella nueva vida en que ya no era posible alardear de buen gusto y presimir de su pasta. Triste fué ir al taller, escuchar recomendaciones y cobrar jornal, pero aún le dolió más renunciar á sus pobres galas presenciando la venta ó el empeño de los cuatro trapitos que con tanta ilusión cosieron sus dedos; qué amargura sintió al trocar las chaquetillas, abrigos y sombreros de señorita cursi, pero al fin señorita, por el mantón de ocho puntas para el cuerpo y el pañuelo de seda para la cabeza! Porque don Luis... ¡inexorable diciendo que no había de ir su hija al obrador vestida como antes á visitas.

Cuando la desgracia no se recibe con resignación y el espíritu carece de grandeza para soportarla, concluye por formar en el alma un sedimento que se pudre ó fermenta; sus vapores oscurecen el sentido moral, y la desesperación trae de la mano á la torpeza. Algo de esto debió de experimentar Manolita, porque de locuaz se hizo callada, de alegre triste, de comunicativa sombría, y uniéndose á la pena el disimulo, fué instintivamente disponiéndose á que en su conciencia se atrofiase lo bueno y germinara lo malo. Las circunstancias favorecieron este cambio. Sus amigas equivocaron tratarla por no recibir como igual á quien vestía de menestral; los hombres que antes la galanteaban con finura se permitieron requebrarla groseramente; unas gentes le escarmentaron con ofensas; otras compadeciéndola la humillaron, contribuyendo todas á que cada día sintiera más el bienestar perdido, y cada instante ansiase recobrarlo sin reparar en los medios. Por último vino el peor desengaño. Joaquin, su novio, comenzó á dar señales de indiferencia. Primero dejó de ir á buscarla por la mañana para llevarla al taller, luego pretextó los estudios para no venir al medio día; mostró que se le enfriaba el entusiasmo acordando la duración y vehemencia de los diálogos, y finalmente, quiso limitar las entrevistas á la de la noche, á la salida del obrador, á la hora en que todos los gatos son pardos y cualquier hombre puede arriesgarse con cualquier mujer por la calle: en una palabra, Manolita conoció que se avergonzaba de ir con ella. El mantón y el pañuelo le robaban la voluntad de aquel hombre, como le habían hecho perder lo que llamaba la consideración de las gentes. Lo único que le quedaba de mejores tiempos era el amor de aquel señorito, pero era tan débil, que no queriendo conservarlo á modo de limosna, una noche le recorrió por su frialdad, diciéndole mientras estaban parados en una esquina: —Ya lo veo. Esto se acabó. Haga cuenta que tu cariño era parte de la renta de mi padre... y voló.

—¡Calla, mujer! Si te quiero igual que antes. —Puede ser... pero, chico, no puedes disimularlo, llevando yo esta ropa no te hace maldita la gracia que te vean conmigo.

Joaquin, con una dureza tan brutal como humana, aprovechó la ocasión para romper la duración que estaba hecha una chula... y lo de ir por la calle haciendo el amor por lo fino á una chula...

Las gentes son como son y cuando ven... —¿Cuándo ven qué?—preguntó ella escardecida y humillada.

—Figúrate... las apariencias... Ya le han dicho á mi padre que andaba en malos pasos, que me iba con mujeres...

—Pues no lo volverán á decir. Hasta aquí hemos llegado.

Y deteniéndose bajo un farol que iluminó su rostro arrebatado y lloroso, añadió con desconsolada ironía: —Adios, hombre, adios. No quiero que viéndote conmigo piensen... eso que has dicho.

—Siento que te ofendas, la verdad... yo no creo nada... pero al fin y al cabo, siendo mi novia... vamos, á mi para beberla me gusta el agua clara, muy clara.

—Eres un infame—replicó la pobre muchacha,—y volviéndole la espalda para que no la viese llorar, echó calle arriba mientras él se fué despacico calle abajo. Era el ofensor y se sentía humillado.

A Manolita no se le borró jamás de la memoria aquella frase del «agua clara... muy clara.»

II

La pérdida de la fortuna, las privaciones, la mala voluntad que para soportarlas mostró don Manuel, y la mezcla de ira y melancolía en que degeneró el carácter de Manolita fueron noimando á D. Luis la salud y haciéndole la vida insostenible: más que los años, las penas triunfaron de su energía. Hubiera sido capaz de luchar contra la desgracia; pero no lo era de sostener aquella pelaa duraria que hija y madre suscitaban dolidosos de necesidades mal satisfechas ó exigiendo gastos inútiles. En fin, comenzó á invadirle la tristeza. Dió en comer, fué abatiéndose poco á poco, perdiendo fuerzas, pasó así muchos meses, y cuando harto de sufrir moralmente perdió el vigor y la energía, una pulmonía se lo llevó en seis días. Doña Manuela y Manolita le lloraron sinceramente, hasta lanzaron gritos de desconsuelo, pero mezclados con la pena de la viudez y la orfandad, tuvieron sin avergonzarse un pensamiento de perverso y mal entendido egoísmo. Estaban pobres, pero no querían abandonar sus propias fuerzas, sin pariente que las amparase, y los sombreros que pone perca y lleva pañuelo á la cabeza. Cualquier cosa menos vivir entre apuros, atrasos, trampas y angustias. Algunos meses después, viendo que aquellos sacrificios no bastaban, extremó las cosas. Dando ejemplo comenzó á trabajar de escribiente en casa

CARGA DE CABALLERIA RIFENÁ



MARCELINO DE UNCETA

...de una joven hermosa puede despertar ideas que a la larga, y aun a la corta, esclavizan el ánimo. Algo de esto debió de sucederle a don Enrique porque sin titubear un instante dijo que él se encargaba de aumentar aquel exiguo capital y él se iba en plena seguridad rentase cada día más. Ambas mujeres y esperanzas de don Enrique se vieron en la credulidad de la madre algo de estúpida candidez. ¿Fue tanta la inocencia de la niña, niña de veinte años, que no desconfió de la protección? Hizo algo de ellas cálculo malicioso? Ningún pensamiento se comunicaron, pero de allí salieron saboreando con la imaginación mil y mil cosas halagüeñas en cuyo precio no pensaban. A otro día entregó doña Manuela a don Enrique el rollo de títulos de la Deuda que constituía toda su fortuna, y desde el mes siguiente comenzaron hija y madre a mejorar de posición. Don Enrique empleó aquello como quiso, y a casa de sus protegidas fue llegando el dinero que era una bendición. Ya en forma de intereses, ya como resultado de premios en sorteos de amortización, unas veces como fruto de un préstamo, otras a consecuencia de inverosímiles operaciones bursátiles, doña Manuela y su hija fueron recibiendo cantidades que les permitían satisfacer deseos hasta entonces juzgados imposibles. Lo que D. Enrique les daba no suponía para él quebrantamiento de importancia ni merma considerable en sus fondos; además, el hombre no repara en lo que gasta contento. Ellas, ciegas ó deslumbradas, lo tomaban, considerándose dichosas con poder hacerse un traje sin estar como antes pensándolo y calculándolo hasta que pasaba la época de lucirlo. Se mudaron de casa: la estera de cordelillo cedió el puesto a la alfombra, las sillas de Victoria se sustituyeron con butacas de tapicería; doña Manuela pudo permitirse el lujo de renunciar al velo y al mantón, y Manolita se hizo mucha ropa interior fina y coquetamente adornada, realizando al mismo tiempo el capricho de tener aparte, para ella sola, alcoba y gabinete amueblados con primoroso gusto.

No quedó esta prosperidad exenta de contrariedades. Por comer más y mejor de lo que acostumbraba, tuvo doña Manuela varias enfermedades, y acaso por lo mismo, ó por otra condición del cambio de vida, su hija, que antes era fina, perdió gallardía y esbeltez; la muchacha bonita se hizo mujer hermosa, pero gruesa, embastecida y pesada. Luego experimentaron un disgusto de otra índole. Poco tiempo después de recurrir a D. Enrique, éste, pecando de imprudente, ó acaso demasiado astuto, les presentó a su mujer, de quien se hicieron muy amigas, con esa amistad quebradiza en que por parte de quien protege hay orgullo, y soberbia en quien recibe. Durante algunos meses la buena señora las miró sin embargo con benevolencia, mas luego, de repente, sin que nadie supiera la causa, se negó a continuar recibiendo. Malas lenguas dijeron que antes de hacerles el primer desaire permaneció una tarde entera encerrada con Manolita, que la llenó de improperios, que la chica estuvo como reo ante su juez, y por último que arrojándola con un gesto del gabinete, se dejó caer llorando en un sofá mientras la huérfana salía sonriendo de una manera extraña, entre avergonzada y triunfante.

Por una de esas coincidencias frecuentes en la vida, desde entonces tomó verdadero incremento la prosperidad de Manolita. No pisar la casa de su protector, meterse en gastos serios y vestirse con verdadero lujo, fue cosa de pocos días. Después, paso a paso, lentamente, hoy por conceción espontánea, mañana por exigencia imperiosa, fue variando de carácter el lazo de unión que existía entre aquel hombre y aquellas dos mujeres. Ya no iba a verlas como dispensador de beneficios, ni le esperaban como á indispensable consejero; al contrario, el humilde, el suplicante, el favorecido era él. Mientras la visitó de tarde en tarde fué señor; frecuentándolas se hizo siervo, pero siervo rico y pródigo, con esa prodigalidad estúpida que paga muy caro lo que por su naturaleza pierde valor y mérito cuando se pone en venta. Sin embargo, era preciso obedecerle en ciertas cosas. Manolita no podía salir sola porque se le llevaban los diablos; al teatro habían de ir siempre juntos, á palco, para que pudiese darse medio escondido tras la cortina, y en su casa nadie entraba sin que él lo consintiera. En cambio, doña Manuela estaba hecha una señora, con abrigos y trajes que infundían respeto, y Manolita se hizo famosa por su elegancia. Quien la vió primero señorita cursi y luego pobre modistilla, no podía conocerla. Nada quedaba en su figura y aspecto que recordase á la hija de D. Luis. Operóse en ella una metamorfosis completa; pasó de desearlo todo á no carecer de nada, ejemplo vivo del poder del oro, y á pesar de esta transformación, le faltó mucho para considerarse dichosa, no porque experimentase la nostalgia de la virtud, sino porque lujo, comodidades, regalo, cuanto disfrutaba tenía para su paladar un dejo amargo. Aceptaba en su origen lo equívoco y sospechoso de aquella existencia, pero deseándolo menos normal, más regularizado, en condiciones decorosas, decía ella. Salvo la mujer de D. Enrique...

posible—replicó Joaquín—sería que yo estuviese aquí, á tu lado, sin pedirte perdón. Quiero verte... no vayas á figurarte otra cosa; habléte... nada más que habléte... para que no me juzgues mal. Si supieras... hay circunstancias... ¿Y entonces...? Manolita, con esa perspicacia que domina las situaciones más enojosas, dijo en voz baja fingiendo vergonzoso temor: «No soy libre» y él, sin mirarla, repuso: «Ya lo sé... no importa.» Manolita sonrió como quien sabe á qué atenerse. En su alma comenzó á dibujarse una esperanza increíble y absurda. Primero concibió una de esas ideas que vienen involuntariamente á la imaginación, traídas por las circunstancias; luego esa idea se convirtió en deseo atizado por el amor propio, y por último, hizo resolución, propósito firme de intentarlo. ¿Qué podía perder, si fracasaba en su empeño? Nada. ¿Qué podía ganar? Lo que más ambicionaba entonces, como antes ambicionó el bienestar y el dinero.

Se citaron desde la mañana siguiente, se vieron en sitios extraviados durante muchos días seguidos: ya en apartadas alamedas del Retiro, ya en las rondas, en calles solitarias, ó haciéndose en el tranvía los encontradizos. Entre burlas y veras hablaron largamente procurando cada cual explicar la intención ajena. Afirmaban que se querían, que no habían deja-

do de quererse, echaban la culpa á la fatalidad, él de cuando en cuando fingía mermar la expresión de algo que se le venía á los labios, y ella, afectando profunda amargura, murmuraba: «Tengo para vivir... pero me he perdido... me he perdido.» Entonces él enmudecía y luego la llamaba hermosa. Otras veces procuraba hacerse el distraído para no enterarse de lo que Manolita quería darle á entender, y si ella mostraba insistencia afectando lealtad, para que luego no se llamase á engaño, respondía tímidamente: «Calla, calla, no me hables de lo pasado... Todavía podemos ser felices.» Con todo lo cual la protegida de D. Enrique se convenció de que su antiguo novio no tenía ni sobre qué coerse ni un átomo de vergüenza, y que siendo así, podía proponerle lo que quisiera. Por fin, una mañana en uno de aquellos largos paseos, le dijo jugando el todo por el todo: «Te casarás conmigo?» y Joaquín repuso sin vacilar: «Si supieras lo que te quiero, no lo pondrías en duda.»

Desde aquel momento quedó concertado su matrimonio. De cómo y con qué habían de vivir no hablaron palabra; ya sabía ella á qué atenerse. Por gusto, por capricho malsano de gozar las entrevistas furtivas, siguieron viéndose algún tiempo en las calles, hasta que dando ella el dinero y él los pasos lo tuvieron todo á punto. Nunca se dijeron ciertas cosas claramente, entendiéronse á medias frases, y ni por casualidad nombraron á D. Enrique. Hablaban vagamente del pasado, mostrándose siempre conformes en que no convenía romper, en que la violencia les sería fatal. «Además—dijo ella en cierta ocasión—no quiero ser ingrata. Más adelante... el tiempo lo resuelve todo.» Joaquín creyendo haber hallado una fórmula delicada para expresar la situación, repuso: «No se casan las viudas? En amor como en política hay que aceptar los hechos consumados.»

Pocas semanas después Manolita tuvo con D. Enrique una conversación muy seria. Las frases fueron conmovedoras. Le bendijo como á su Providencia, le rogó que le permitiera salir de aquella situación horrible, alardeó de desinteresada, hablando de no pedirle nunca nada, y hasta hubo aquello de «bastante ha hecho Vd. por mí; Vd. es mi padre.» Luego con lágrimas en los ojos se arrastró á sus pies, casi convulsa, pugnando por abrazarle las piernas y besarle las manos, mientras con frases incoherentes fingía vacilar entre lo que sentía por él y lo que demandaba su decoro. Por último, cuando le vió alandarse sonrió mimosamente y le dijo: «Anda, qué te importa, si para tí he de ser siempre la misma!»

No asistieron á la boda más que tres ó cuatro personas; amigas de ella de las á quienes regalaba trajes y sombreros medio usados, y un primo de Joaquín que no estaba en ante-céden-

tes y además era partidario de la reducción por el amor. Padrinos fueron don Enrique y doña Manuela, disponiendo ésta que sirviera la comida un restaurante muy en boga, y que no faltaran helados y Champaña. D. Enrique ocupó la cabecera de la mesa y á sus lados se sentaron los recién casados. Doña Manuela estaba embobada, absorta por la esplendor del servicio, la profusión de manjares y sobre todo por la exquisita cortesía y afabilidad con que se hablaban su yerno y D. Enrique. De cuando en cuando contemplaba con orgullo á su hija, y en seguida miraba alternativamente al novio y al padrino, complaciéndose en la olímpica serenidad de uno y la severa indiferencia de otro. Finalmente, creyéndose obligada á decir algo muy sentido, exclamó: «Por cierto Luis mío, cómo gozaría si nos viésemos!» Y enseguida, en un arranque de sinceridad, añadió bendiciéndola de satisfacción y magnífica de puro ínter: «Por supuesto, hija mía, que tu padre era un caballero... pero que diferencia de aquellos tiempos á estos!»

Al descorchar el Champaña cayó en la copa de Joaquín, por descaído del camarero, algo del licre y del papel dorado que tenía al cuello la botella, dejando turbia y sucia la diáfana transparencia del líquido. En el fondo de la copa quedó como un sedimento de oro, y Joaquín bebió de ella sin reparo diciendo: «No es nada.» Manolita, radiante de belleza, se acordó del tiempo pasado, de cuando la ruptura, y abarcando con una rápida mirada á su marido y á la copa donde temblaba el trozo de tintero amarillento, sonrió de un modo indefinible y dijo: «Tonto... que eso está turbio.» Pero él, sacando del líquido con una cucharilla el papel metálico, repuso atoralmente: «Mira... si parece oro.»

JACINTO OCTAVIO PICON.

EN BROMA

Todo aquel que tome en serio las cosas de esta vida acaba por entristecerse y perder las carnes. No hay nada mejor que contemplar al mundo por el lado cómico, sin preocuparse de López Domínguez y de las graves cuestiones que se suscitan en el seno de la Academia de Ciencias físicas y naturales. Esa va á ser, precisamente, nuestra tarea de todas las semanas en esta sección de EL IMPARCIAL. Con la ayuda del cielo y el lápiz de Angel Pons, que comenzará á ejercer desde el número próximo, procuraremos alejar de la mente de nuestros lectores todo pensamiento trascendental y toda idea profunda.

Lo que pasa es que muchas veces ni el dibujante cómico ni el escritor festivo logran regocijarse al público. De mí puedo decir que en más de una ocasión he querido llevar la alegría al seno de los hogares, y lo que hice fué verter los torrentes de la amargura sobre muchas honradas familias de dentro y fuera de la capital.

Los tiempos tampoco son muy á propósito para regocijarse.

Explosiones, bombas Orsini, huelgas, cañonazos, estruendos en Esclava. ¡Qué cúmulo de desdichas! Uno de los pocos seres felices es D. Genaro, que ha salido conejal y no cabe en sí de gozo.

Al hombre le ha costado su trabajito, pues tuvo que visitar, casa por casa, á todos los electores y obsequiarles con arreglo á las circunstancias de cada uno.

¡Y qué de desaires, y qué de malas contestaciones!

—Pues yo venía á pedir el voto...

—Mistá—decía la esposa del elector,—mi marido no vota por nadie, porque está muy escarmentado ¿sabes?

En las otras elecciones trabajó como un animal, pa que saliera D. Alfonso, y tuvo que hacerse un cazador que le costó siete duros y medio pa presentarse en el gomité y ahora pasa por delante de la puerta D. Alfonso y no os pa darnos los buenos días. Además, una vez le pedimos una papeleta pa pasar de matute una mijita de comestible, y tan siquiera nos contestó.

D. Genaro ha tenido que hacer todo género de sacrificios para conseguir el favor de sus electores.

En una casa le recibían poco menos que á empujones, en otra le convidaban á beber pelón de ese que sabe á tinta de imprenta y en otras tenía que besar á los niños del elector que parecían dos talegos de ropa sucia y oían á aceite mineral y á cebolla.

Aparta esos pelos, monf, que te voy á besar—soñó decir D. Genaro antes de imprimir un beso sonoro en los carrillos de aquellos sapos con delantal.

Y les soltaba cinco ó seis ducados.

En cuanto á ofrecimientos para la guerra seguimos bien.

Hay quien ofrece derramar su sangre por la patria desde su domicilio calle del Gato, 93, hay quien pone á disposición del Gobierno á su mamá política en clase de cantinera alegre y bulliciosa; hay quien se compromete á mantener un soldado con cañamones, y hay quien está ya manteniendo dos conejos de Indias para regalárselos.

DEL POBLADO Á LA TRINCHERA

Los trenes arrastran una existencia triste porque el público cree ver bombas de dinamita en todas partes, y no osa asistir á los espectáculos públicos. En algún coliseo viene tan solo á las mamás de las actrices, dormitando apaciblemente en las butacas de última fila y á la señora del empresario leyendo los periódicos de la noche en un palco proscenio.

Nada más lóbrego ni más seguro que un teatro de Madrid para fraguar planes tenebrosos; tanto que los otros enemigos del orden social, suelen decir con cierto misterio:

—Cuando tengas que comunicarme algo reservadísimo, ya sabes donde podemos celebrar nuestra conferencia.

—¿Dónde?

—En el teatro. Es el único sitio donde no hay nadie que nos estorbe.

Nuestras comunicaciones telegráficas continúan como siempre.

Pone Vd. un telegrama hoy á las cinco de la tarde y lo reciben en Segovia el 14 de Diciembre, á eso de las ocho.

De manera que cuando el caso es urgente lo que hace uno es redactar el parte y enviarlo al punto de destino con la criada. Sale ésta á pié de Madrid; llega á Segovia á los cinco días y allí se pone en relaciones con un segoviano, que la conduce al altar. Terminada la luna de miel la chica regresa á Madrid con la contestación y aun así llega ésta mucho antes que un telegrama de servicio público.

Con que, pongan Vds. telegramitas y esperen sentados la contestación.

LUIS TABOADA.

MADRID.—1893

Cromotipia y fotografía de L. R. y Compañía, San Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni. TINTA LORILLEUX

IMPRENTA DE EL IMPARCIAL Á CARGO DE ANGEL GARCIA

CAZANDO ESPAÑOL



que, nadie le hizo ofensa, de nadie recibió desaire, porque tuvo buen cuidado de no tratar con gente escrupulosa, mas esta misma limitación, impuesta por las circunstancias, le lastimaba profundamente: en una palabra, sentía aunque bastardeada y sin saberlo, ese ansia de estimar y de honradez que va unido á todo desfallecimiento del sentido moral cuando la corrupción no ha matado por completo el sentido moral. Tales eran los pensamientos de aquella mujer cuando D. Enrique tuvo que pasar fuera de Madrid una temporada. Manolita entonces, aprovechando el tiempo, empezó á salir sola, callejea, ir á los teatros, y frecuentar los paseos poniéndose trajes vistosos de aquellos que por demasiado llamativos toleraba él de mala gana. Una noche, no encontrando palco, tomó para sí y su madre dos butacas. La inmediata á la suya estuvo vacía durante el primer acto: al comenzar el segundo entró un hombre á ocuparla.

Hubo complicidad por ambas partes? ¿Se habían concertado? Venía el siguiéndola de tiempo atrás los pasos, ó fué casual su encuentro? Lo cierto es que aquel hombre era Joaquín, su antiguo novio, el estudiante de derecho, á la sazón abogadillo sin fortuna y sin pleitos. Gracias á la calmante labor del tiempo que todo lo amortigua ó fuese consecuencia de esa simpatía que atrae mutuamente á los que valen poco, ambos se miraron ó fingieron mirarse con más sorpresa que rencor. Manolita se sintió orgullosa pudiendo ostentar justamente ante los ojos de quien la había despreciado el esplendoroso apoyo de su hermosura y el lujo de su traje: Joaquín la bromeaba como diciendo: «ahora sí que está guapa!» La mujer saboreando su triunfo y el hombre halagado con la posibilidad de una reconquista gloriosa, permanecieron largo rato en silencio, pero desposos de hablar. Por fin, á Manolita se la cayó el abanico, y él cogiéndolo del suelo, se lo presentó y dijo: «Come V. señorita...» á lo cual ella repuso burlonamente: «Ay!... usted.» El primer paso estaba dado. Luego, entre frases corteses y sonrisas de incredulidad, vino el recuerdo de lo pasado. «Pues, hijo, tú me dejaste.» «¿Buen tono fui?» «Ya no tiene remedio.» «¿Si tú quisieras...?» «¡Imposible!»—dijo ella irrisante.—«Lo im-

Os admira y seduce verlos galopar en el desfile de una revista de la Castellana ó del Prado; os encantan los alegres soldados de triguero rostro que caen á caballo con tanto garbo como bracean sus bridones; pero donde hay que verlos es en los cerros y mesetas que rodean á Melilla.

Mirad un pelotón de soldados: tendidos sobre el ancho cuello del caballo genuinamente español, sueltas casi las riendas, ceñidas las piernas á la silla, la mano diestra en alto empujando el sable desnudo; han partido de vuestro lado hace un instante y ya están lejos. Van á proteger una guerrilla comprometida y galopan con la velocidad del corzo persiguido. ¡Qué hermoso cuadro! Van dejando una nube de polvo. A veces, con ella, se junta otra nube de humo, y entre ambas veis alzarse las diminutas y preciosísimas siluetas de aquel puñado de valientes. ¡Qué gran verdad que entre nubes se sube á la gloria!

En campaña es donde hay que ver nuestros marciales ginetes, rodeados de la inmensa poesía del peligro.

Poco hace que llegaron á Melilla los dragones de Santiago y ya han dado gallardas pruebas de bravura. Un jefe de éstos ha pintado Unceta. Muy cerca de estas líneas tenéis el dibujo, y vuestro juicio me releva de consignar aplausos que, seguramente, nadie regatea al gran pintor militar.

Hablar de la caballería española, haber estado en Melilla y no escribir un párrafo de la sección que lleva el nombre de la plaza, sería imperdonable.

RESCATE DE UN CAÑÓN

Días tristes han sido para España los días 27 y 28 de Octubre. En el fuerte de Cabrerizas Bajas perdieron la vida un general y muchos soldados, y la morisma triunfante, estuvo á punto de apoderarse de un cañón. Entonces se repitió uno de esos hechos que entre la gente española son espontáneos á determinación del ánimo. El teniente Primo de Rivera, con unos cuantos soldados, se dirigió al cañón cuando ya varios rifones forcejeaban por arrastrarlo. Aquello fué un combate cuerpo á cuerpo. El odio de

¡La sección de caballería Dicho así parece algo. Componíanlo no más que 28 soldados, aunque por lo que han hecho parece que se trata de algunos centenares.

El día 2 de Octubre entraron en fuego; puede afirmarse que ni un solo día han dejado de oír el silbido de las balas y, sin embargo, sus bajas han sido muy pocas. En este asunto ha debido intervenir el apóstol Santiago; es un verdadero milagro que el reducido escuadrón que manda el valeroso capitán D. Daniel Ruiz esté hoy casi intacto. Solo se explica pensando que á veces el cazador dispara una perdigona contra una alondra y ésta emprende su vuelo piando alegremente. El dios de los pájaros ha hecho un claro en el tiro.

Parejas de la sección hacían diaria y peligrosísima descubierta, parejas de la sección transmitían las órdenes más comprometidas, la sección entera recorría los puntos de mayor riesgo los días de ataque y cargaba cuando era más extremo el apuro, y solo tenemos que lamentar la herida del teniente Gólfín.

Y para esto no olvidéis que fué en aquel acto de inverosímil arroyo, de marcada é indudable semejanza con los espartanos prodigios del valor humano, asombro de mil generaciones. No olvidéis que Gólfín recibió su herida en aquella carga de caballería dada por ocho ginetes.

¡Cargar contra cien moros al frente de ocho ginetes! Tanto valdría que un niño de diez años se acercase á Hércules, le levase al pie de pirámide egipcia y le dijera: «Levanta un poco esta mole que yo me atrevo á echarla sobre mis espaldas.»

Tan grande como sería en tal caso el asombro de Hércules, lo fué sin duda alguna el de Marte al saber el atrevimiento de ocho ginetes españoles.

La intrépida sección salvó mil veces gravísimos peligros que el terreno ofrece. Situada acaso en un cerro y recibiendo orden de acudir á otro lugar, se dejaban caer por rápida y pedregosa pendiente como se descuelga del cielo una bandada de gavilanes que quiere hacer presa.

Y después de un día de empeñada lucha, de incansante riesgo, de continua fatiga, veis llegar la sección á la llanura del campo de instrucción; llegan los bravos soldaditos sonrientes, gineteados gallardos al paso castizo y elegante de esos potros cordobeses, compendio de la velocidad y la gracia del caballo árabe que montan los jefes del campo rifeño y de la fuerza del trotón inglés.

Hablábais á un soldado para elogiarle, y no daba importancia á cuanto había hecho. Se limitaba á contestar: «Prefiero que me maten los moritos á que me llamen cobarde cuando vaya al pueblo.»

Aquellos caballeros de batallas y torneos, vivos ejemplos de la valentía, aquellos nobles caballeros que juraban entregar á Dios su alma, al rey la vida, á las damas el corazón, y que guardaban para ellos el honor, hubieran entrado satisfechos y orgullosos en el patio de armas de sus castillos habiendo hecho jornadas al estilo de las que hicieron esos ginetes nuestros.

RAFAEL GASSET.

los razas que migas desde hace muchos siglos estalló en espantoso choque. Llegó ese instante que no se da en todas las batallas, en el que los hombres se olvidan de que llevan armas modernas y rifen como lo hacían los primitivos guerreros.

Primo de Rivera es el abanderado de Extremadura. Diríase que la bandera de cuya guarda estaba encargado le había comunicado el ardimiento invencible de la raza hispánica.

El cañón quedó en poder de los españoles, y el nombre del teniente Primo de Rivera entre los que han merecido bien de la patria.

Al conmemorar los sucesos de Melilla siempre habrá elogios de entusiasmo para el bizarro oficial.



Ayuntamiento de Madrid

CINCUENTA AÑOS de uso general

LA SALUD A DOMICILIO LA MARGARITA EN LECHE

CON GRANDES resultados siempre

Antibiótica, antiespasmódica, antipirética, antiséptica, antiparasitaria y muy reconstituyente. Con esta agua, de uso general hace cincuenta años, se tiene la salud a domicilio. Premiaada sin duda la primera con grandes diplomas y medallas de oro y distinciones. Gran remedio contra las distintas formas del dengue con que esta dolencia se presenta. Es preservativa de la tisis y difteria, usada con frecuencia. Tomar todos los días, una cucharada. Depósito central: Jardines, 15, bajos, Madrid. Prevenirse contra anuncios de aguas llamadas naturales y que pretenden ser iguales y aún mejores, y dicen que no irritan, y es porque carecen de fuerza. La de LA MARGARITA se adapta a todos los estómagos, no irrita, y mezclándola con agua, resulta aún muy superior a los similares. Aunque como purgante no tiene igual el agua de LA MARGARITA, sus condiciones terapéuticas tampoco, pues cura con facilidad y prontitud gran número de afecciones del estómago, bilis, herpes, reumatismos, llagas, anemias y demás que expresa la etiqueta de las botellas, y su gran caudal de agua de que carecen las demás aguas, le permite tener abierto un gran establecimiento de baños, del 15 de Junio al 15 de Septiembre. Pedir prospectos y hojas clínicas, que se entregan gratis. Venta en todas las principales farmacias y droguerías de España y extranjero.

BACHILLERATO LIBRE Convocatoria de Enero

Se abre un curso especial garantizado con la devolución de la mitad de los honorarios a los alumnos suspensos. Única Academia, que ofrece y cumple estas garantías. Carranza, 12, farmacia.

DENTADURA LIMPIA

tan y fuerte se obtiene con el uso del elixir balsámico y polvos dentífricos del Dr. Samuel A. Palmer, de New York. Frasco de elixir de 2, 3, 50 y 6 pesetas. Caja de polvos de 1 y 2 pesetas. Depósito para los pedidos de España, Perfumaria Inglesa, Carrera de San Jerónimo, número 8, Madrid.

SEÑORAS, será un prodigio de belleza y de blancura usando el agua, la crema y los polvos cutáneos de La Flor del Almáedo, de M. de Sanz. Principales perfumerías.

NAVAS-PIANOS

Fuencarral, 33, 1.ª, esquina a San Onofre S. M. la Reina Regente de España, S. M. la Reina de Inglaterra, S. M. el Emperador de Alemania, S. A. Real el Príncipe de Gales acaban de adquirir para sus Reales Palacios grandes pianos de cola de la célebre fábrica

STEINWAY et SONS (de New-York)

El piano núm. 77.112 es el que figura en el Palacio de Miramar, de San Sebastián, y otro próximo a instalarse en el Real Palacio de Madrid. Único depósito y representación. V. NAVAS

ALMACÉN DE TEJIDOS GALÁN Y ALONSO

Plaza de Celanque, 2, y Capellanes, 1

GRANDES ALMACENES Plaza de SANTA ANA Nº 1 esquina a la C. Gorguera Camas Contado Muebles Tapiçeria Plazos de toda clase Fuencarral 102 Sucursales Atocha 127

Cognac jurado-Castellón JEREZ de la FRONTERA

EL MÉDICO ESPECIALISTA EN LAS Enfermedades de garganta, nariz y oídos, Sr. Gallago, ha trasladado su gabinete de consulta de la calle Hortaleza, 40, á la de Fuencarral, 19 y 21, pral.

SEÑORAS Capas novedad con volantes de terciopelo, varios modelos, desde 25 pes. Vestidos de franela hechos á la medida 25 pts. Blusas franela, 6; boas y cuellos pluma, desde 3 pts. **CARRETAS, 35, entresuelo (FRENTE A CORREOS)**

LA HIGIENICA

Agua vegetal de Arceyos premiada en varias exposiciones científicas con medallas de oro y plata; la mejor de todas las conocidas hasta el día para restablecer progresivamente á los cabellos blancos su primitivo color; no mancha la piel ni la ropa; es inofensiva, tónica y refrescante en su uso; lo que hace que pueda usarse con la mano, como si fuese la más recomendable brillantina. Se expende en todas las perfumerías y peluquerías de Madrid y provincias. Al por mayor, calle de Preciados, 56, principal.



TÓNICO DEL ESTÓMAGO

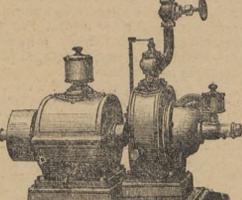
Antigastrálgico-ateperante de Castañó y Alba, médico y farmacéutico. Poderoso remedio eficaz é infalible. CURACION SEGURA Y RADICAL. Exigese la marca de fábrica. Caja con 24 dosis, 6 ptas. en todas las mejores farmacias de España y Ultramar. Descuentos al por mayor en el depósito general del autor, Barquillo, 17, farm.ª Madrid, y Melchor García, Capellanes, 1.

J. AMORES DE SALTOS Capas para hombre desde 13 pesetas, trajes desde 15.—Impermeables, paraguas, mantones y otros artículos. Plaza del Progreso, 10, pral. Esta casa no tiene sucursal

Muebles de todas clases. Al contado. Construcción sólida y esmerada. Precios módicos. Plaza de Sta. Ana. (esquina a C. Gorguera)

LA ESPAÑOLA

La fábrica de chocolates más grande de Madrid. Su elaboración es la más exquisita; no hay nada mejor. **Vende 10.000 kilos diarios CAFES, THES, SOPAS Y DULCES** 33, PASEO DE ARENEROS, 38



NUEVA

Máquina de vapor rotativa de «Lava» privilegiada. Primer premio en la Exposición Universal de Chicago 1893. Movimiento suave y sin punto muerto. Economía considerable en manejo y combustible. Se acoplan directamente con los dinamos, no necesitando transmisiones. Pormenores por LA MAQUINARIA SUECA, Paseo de Recoletos, 16, Madrid

Grandes almacenes al por mayor y menor DE LA

ISLA CRISTINA

Caballero de Gracia, 19 y 21 MADRID Clavel, 1. Recomendamos á nuestra numerosa clientela, visiten estos almacenes, donde hallarán surtido completo en toda clase de artículos propios de la estación de invierno, en Abrigos de alta novedad para señora y niñas, pelerinas, visitas, paletós, capas de pieles, batas, blusas, matines, etc., merinos, mantones, tapicería, géneros de punto, ropa blanca, lienzo, camisería y alfombras. Precio fijo Especialidad en confecciones para señora Precio fijo

INSTITUTO BROWN-SEQUARD

Exportación exclusiva para toda España de los jugos seguardianos. Consulta para su aplicación á diversas enfermedades. Director, J. Cruz, Alcalá, 4. T.º 220. Despacho, 10, nuevo á seis.—Consulta, de una á seis. **AVISO IMPORTANTE.** Existen groseras y peligrosas imitaciones. Los verdaderos jugos del Seguardiano están contenidos en ampollas estériles y llevan la marca Dr. Gouze, Paris.



TRATAMIENTO INGLÉS ALARCON DE MARBELLA

CURACION de las afecciones reumáticas-gotosas por crónicas que sean, sin temor á reproducciones. De venta en todas las farmacias. Por mayor, M. García. Consulta y método gratis, de 10 á 4. Precios, 10, Madrid. De provincias por correo.

BAZAR MEDICO J. CLAUSSOLLES BARCELONA

Sucursal en Madrid: Carretas, 35 (frente á Correos) Fábrica de aparatos ortopédicos, ligaduras, fajas ventrales, instrumentos de cirugía, artículos de goma, lienzos, etc. Especialidad en la contención y curación de las hernias, por rebeldes y voluminosas que sean.—Gabinete de consultas; abierto de 10 á 12 y de 3 á 7. Los domingos de 9 á 1.—Precios fijos baratísimos. Calle de Carretas, 35, frente al bazar de Correos, MADRID



CHOCOLATES

Paquetes de medio kilo. Precios de 1 á 4 pesetas.

CAFES THES

Veinte clases superiores desde el más bajo hasta el más alto precio. The de Eu-Chu, 7 rs. paquete de media libra.

TAPIOCA

del Brasil, 2 pesetas kilo.

GALLETAS

finas, siempre frescas, 30 clases surtidas, 10 rs. kilo.

RON

de Cuba, P. Rico, Martinica, Jamaica y Caña de la Habana.—Ver precios y probar clases.—Pilas y dulce de Guayaba.—La Negrita, Mayor, 28.



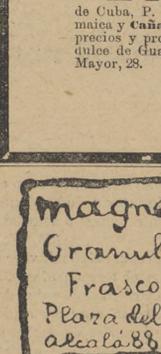
ESTUAS CHOURBESKI

La Maquinaria Sueca PASO DE REBOLETOS 16, MADRID

Liquidación de muebles, gabinetes, sillitas Infantas 23 frente á S. Jorge. PAJAROS y jaulas de Cruz, 30, pl. Paj.º Hisp.ª Am.ª

Males secretos

Sifilis, venéreo, etc. De 7 á 10 y 6 á 8. Toledo, 19, pral. sobre el café Nacional.



RELOJES

Se componen con verdadera garantía y precios siguientes: Repaso..... Ptas. 1 Limpieza..... » 2 Cuerda..... » 2,50 Espiral..... » 1 Centro..... » 1 Arbolito volante » 3 Cilindro..... » 4 Relojes de venta á precios de fábrica. De acero á 15 pts. SAL. 2 y 4, relojería

VENÉREO

SIFILIS ESPEMATORREA E IMPOTENCIA curas nuevas é inmediatas IMPERIAL, 9 y 11, PRAL.

magnesia Villegas

Granular Efervescente Frasco 5 reales Plaza del Angel 16 Farm.ª Alcalá 88 Droguerías.

JARABE Y CAPSULAS DE BREA DE MORENO MIQUEL

Estas preparaciones ofrecen á los enfermos un medicamento agradable y de excepcional pureza, pues contienen todos los principios activos de la mejor BREA DE SORRETA, desprovista por especial procedimiento de las sustancias inertes que contiene. Se recomiendan en las bronquitis, catarras crónicos, coqueluche grave y prolongada que consume á los niños, irritaciones de garganta, resfriados, tos pertinaz, tisis pulmonar y en los catarras de la vejiga. Frasco de jarabe, 1 y 2 ptas. Capsulas, 2 pesetas. Estas últimas son útiles á las personas á quienes repugna el jarabe, ó que por sus ocupaciones deseen llevar consigo el medicamento. Farmacia de Gayoso y Moreno, sucesores de Moreno Miquel, Arenal, 2, Madrid. Teléfono 437.

COLD-CREAM VIRGINAL A LA GLICERINA

Suaviza y perfuma el cutis y las manos reparando los estragos del aire, el frío y la humedad. Las grietas del pezon, los labios y las manos, asperezas, manchas, pecas, granitos, orisipilas, herpes, páro, etc. Desaparecen con el uso. Tarros de 1 y 2 pesetas. Farmacia de Torres Muñoz, San Marcos, 11. Pídase en las perfumerías.

JACKSON HERMANOS

Instalaciones de luz eléctrica ARENAL, 22 DUPLICADO

Camisas para vestir. . . . 6 pesetas. Camisas para casa. . . . 7 " Camisas para viaje. . . . 8 " Camisas para caza. . . . 9 " Camisas para frac. . . . 10 "

CAMISERIA DE MARTINEZ

2. Calle de San Sebastián, 2, Madrid

Harina Lacteada y Fosfatada De E. MAGUILLA, Médico-Cirujano

Aprobada por la Real Academia de Medicina de Sevilla como el mejor alimento para criar los niños robustos. Ha obtenido Patente de invención en España por veinte años. Depositarios: P. Marin y C.ª, Aranjuez, 2, SEVILLA.

PASTILLAS DONALD

(Cloro-boro-sódicas con cocaína) Por sus propiedades tónicas, calmantes y antisépticas, se recomiendan para la curación de las enfermedades de la boca y de la garganta. Son de verdadera utilidad en las ronqueras, anginas, tos congestiva y en todas las inflamaciones de las mucosas. Caja, 2 ptas. Se venden en las farmacias y en la del autor, Gorguera, 17, Madrid.

VIVINICULTORES!!!

Se arreglan los vinos que tuercen, los vinos turbios, piados, alterados ó defectuosos. Nuevos procedimientos; éxito seguro. Dirigirse á F. Montero, Mota del Marqués.

CASA HIDALGO

9, BARQUILLO, 9.—TELEFONO 4.074 Gran confitería y Repostería

Objetos ricos para regalos. Bombones exquisitos. Postre diario. Pastelitos franceses, fiambres surtidos desde pesetas 150. Emparedados de jamón, mostaza y foiegras. Casa especial para encargos de luncheo. HIDALGO, BARQUILLO, 9



ESTABLECIMIENTO ORTOPÉDICO

Bragueros, fajas, suspensorios irrigadores y todos los artículos de ortopedia, cirugía y de cura antiséptica.

FARMACIA TRIBALDOS

PRECIOS DE LA MILITARIA Preciados, 12 Teléfono 204



MAURICIO BING

Preciados, 7 elegantes y variados modelos DE COCHES PARA NIÑOS

ESTOMAGO

Para curar sus males tómele el bicarbonato de sosa, QUIMICAMEN PURO, que es soluble, no irrita el tubo digestivo y calma el dolor. Caja, 2 y 4 rs. Depósito Central, Farmacia de Torres Muñoz, San Marcos, 11, esquina á San Bartolomé. Por mayor, M. García. Venta en principales farmacias.

RETRATOS. — OTERO

CASA FUNDADA EN 1863. ALCALA, 19, hay ascenso. ÚNICO ESPECIAL para ampliaciones y reproducciones inalterables. Se garantiza el parecido. Gran taller y estudio de pintura. Envío á provincias y extranjero.

CHOCOLATES FINOS CAFÉS AROMÁTICOS

VENANCIO VAZQUEZ Despacho: CUATRO CALLES y en los Ultramarinos

DEL DOCTOR VAZQUEZ ARIAS

FARMACÉUTICO Y MÉDICO. Premiado con Medalla de Oro y Diploma de Honor. Enfermos del estómago: Este asombroso medicamento es el que ocupa el primer lugar de todos los conocidos para curar secura, radical y rápidamente las malas digestiones, dispesias, flatos, acidos, vómitos, ardores, agua de boca, dolores ó gastralgias, pues todas, según testimonio de médicos eminentes, hallan con él infalible curación.—Exíjase con cada caja el método impreso que ha de seguir el enfermo. Caja con 16 dosis; para 3 días, 4 ptas. Via correo, 4,50. Venta: Depósito del autor, Botoneras, 7, Madrid; Trasvías, Postas, 28; García, Capellanes, 1 dup. y pralcs. farmacias.

A LOS QUE PADECEN DEL ESTOMAGO

Doble magnesia incalcárea antibiliosa y efervescente de R. Hernandez. Usada como explica la instrucción se combaten las gastralgias, ácidos, mareos, vómitos y cualquier perturbación del estómago. Precio, 1,50 y 2,50 ptas. frasco. Depósito: Madrid, calle Mayor, 23, farmacia.

GRAN FARMACIA

PASEOS DE LA MILITARIA Sagasta, 9 Sagasta, 9.

LA FAVORITA Agua higiénica para teñir el CABELLO y la PARRA la mejor y más barata, sin nitrato de plata; destinado roco pesetas al que demuestre lo contrario. No mancha la piel ni la ropa. Use con la mano ó esponja. Frasco, 350 ptas. M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32, entresuelo. Madrid y principales perfumerías.—Exportación á provincias.

Contra los Rifeños IPUM!

Exigir la verdadera marca Agustina de Aragón

Los pedidos á E. Lamolla, Madrid



PEPTONA ORTEGA

Para CONVALESCIENTES Y PERSONAS DEBILES es el mejor tónico y nutritivo. Inapetencia, malas digestiones, anemia, tisis, raquitismo, etcétera. Farmacia: León, 13.—Laboratorio: Quevedo, 7

Máquinas SINGER para coser

Las que han obtenido los primeros premios en todas las Exposiciones universales

Á PESETAS 2,50 SEMANALES

PIDASE EL NUEVO CATALOGO QUE SE DA GRATIS en la sucursal de Madrid

23, CARRETAS, 25

LA SOCIEDAD General de Anuncios DE ESPAÑA

ALCALÁ, 6 y 8 admite anuncios, reclamos y noticias para los periódicos de Madrid, provincias y extranjero. También se reciben es que las de defunción y aniversarios.

Almoneda toda la casa Comedor, despacho, salón. Torres, 4 b.º esq.ª á Infantas.

A 10 ptas. relojes para pared con garantía.—López hermanos, 13, MONTERA, 13

TERCIANAS cuarentenas ó cuotidianas se curan rápidamente con las acreditadas píldoras de HAZA. Caja 80 píldoras 3 pesetas; media con 40, 3 pesetas. Farmacia de Pérez Negro.—Ruda, 14, Madrid.

Inmejorable comida por SEIS REALES. Especial por 2 ptas. Géneros muy frescos y bien condimentados. Abo nos. Servicio á domicilio. Pídanse catálogos. LAS TULLERIAS. — Matute, 6.

Pedir las AGUAS DE CARABAÑA: Purgantes, depurativas y antisépticas

NÚMEROS ILUSTRADOS EN COLORES

EL IMPARCIAL

PUBLICARA TODOS LOS LUNES

Dos numeros

EL IMPARCIAL publicará todos los lunes un número literario y artístico con grabados en colores y en negro.

Además de la colaboración literaria habitual de LOS LUNES DE EL IMPARCIAL, publicaremos dibujos originales y expresamente hechos para nuestro periódico, de los señores Unceta, Plá, Peña, Banda, Araujo, Cutanda, Pulido, Huertas, Muñoz Lucena, Pellicer y otros.

El precio de este número ilustrado es de

10 céntimos

Redacción y Administración

Mesonero Romanos, 31.

EL IMPARCIAL, además del número ilustrado publicará los lunes, como todos los días, su número ordinario con artículos, noticias, extensa crónica telegráfica de Melilla, servicio telegráfico de provincias y del extranjero, etc., etc.

Se insertará en este número del lunes, además de aquellos originales de actualidad, una novela en forma encuadernable, correspondiendo á cada número del lunes un piego de 16 páginas.

El precio de este número, como de costumbre, es de

5 céntimos